

IX

CON EL OJO IZQUIERDO. MIRANDO A BOLIVIA, DE MANUEL
SEOANE. VIAJE Y DERIVA LATINOAMERICANA EN LA
GÉNESIS DEL ANTIIMPERIALISMO APRISTA

CON EL OJO IZQUIERDO. MIRANDO A BOLIVIA, DE MANUEL SEOANE.
VIAJE Y DERIVA LATINOAMERICANA EN LA GÉNESIS
DEL ANTIIMPERIALISMO APRISTA

Martín Bergel

I

La década de 1920 fue en América Latina grávida en iniciativas que buscaron captar la extendida sensibilidad antiimperialista, que ocupaba una porción considerable de la opinión pública del continente. Ya desde comienzos de siglo, numerosas voces, provenientes sobre todo de la comunidad de literatos enrolados en el llamado modernismo literario, se encargaron de alertar acerca de los peligros contenidos en la nueva voluntad de poder de Estados Unidos sobre la región, en un movimiento de ideas que, en la síntesis ya clásica ofrecida por Óscar Terán, mereció el nombre de “primer antiimperialismo latinoamericano”¹. Esos impulsos se prolongaron y multiplicaron luego del acontecimiento de la Reforma universitaria de 1918, dinamizador de un proceso en el cual la percepción del fenómeno imperialista, alimentada desde variados ángulos por una miríada de intelectuales y espacios de enunciación, se expandió hasta transformarse en uno de los datos más reconocibles de la cultura política del periodo. Fue así que, hacia mediados de esos años veinte, casi coincidentemente nacieron entidades que procuraron dar a ese humor cauce organizativo. La Unión Latinoamericana (ULA), liderada por José Ingenieros y Alfredo Palacios desde Argentina; la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA), con asiento principal en México; la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (AGELA), surgida en París; la Unión Centro Sud Americana y de las Antillas (UCSAYA), conformada en tierra mexicana por exiliados latinoamericanos, y la también argentina

¹ Terán, “El primer antiimperialismo”.

Alianza Continental —un desprendimiento de la ULA—, fueron algunas de las más caracterizadas expresiones de esa tendencia². De esa familia de organizaciones, fue a la postre, indudablemente, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) la que alcanzó más acusada impronta en la historia y la cultura política del continente.

Que ello haya sucedido así no se explica meramente por el éxito con que el APRA logró aclimatar en el Perú, luego de 1930, su inicial apuesta por constituirse en una suerte de internacional americana, hasta transformarse en el principal partido político de la historia contemporánea de ese país. El modo y la extensión en que su influjo coloreó y contaminó numerosas expresiones político-culturales del continente, se explican ya por rasgos que singularizaron su empresa desde sus primeras manifestaciones en los años veinte. Este artículo ensaya una aproximación a esos primeros momentos del APRA. Lo hace de un modo oblicuo y distante respecto a las consideraciones habituales que lo tienen por objeto, y ello en dos sentidos diferentes. Por un lado, frente a la mayoría de visiones que pesan sobre el APRA, tendientes a achatar su historia y a no distinguir adecuadamente las diversas estaciones que tramaron su evolución política e ideológica (por caso, proyectando en ocasiones sobre su trayectoria temprana rasgos que sólo alcanzaron a delinearse con nitidez posteriormente; por ejemplo, aquellos que le valieron ser encuadrado dentro de los cánones del fenómeno populista), aquí se propone una mirada sobre la etapa inicial de su recorrido que logre capturar características de su constitución *in progress*³. Por otro lado, esa indagación no se lleva a cabo, como es común, poniendo el foco en el líder indiscutido del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre, sino en una figura igualmente sobresaliente: la de Manuel Seoane, quien fuera hasta su muerte, en 1963, reconocida segunda personalidad en importancia dentro de la jerarquía aprista. Esta apertura no busca negar, bajo ningún aspecto, el rol crucial que le cupo a Haya en la conformación y

² Conocemos la historia de estas organizaciones a partir de importantes investigaciones de reciente factura: sobre la LADLA: Kerssfield, *La recepción del marxismo en América Latina* y Melgar Bao, “The Anti-Imperialist League”; sobre la ULA: Pita, *La Unión Latinoamericana* (en esta obra se dedica también un capítulo a la Alianza Continental); sobre la UCSAYA: Melgar Bao, “Un neobolivarianismo antiimperialista”. El perfil de la AGELA había sido ya explorado por Taracena Arriola, en “La Asociación General de Estudiantes”.

³ Un valioso estudio que busca precisar históricamente las etapas del pensamiento del líder aprista Víctor Raúl Haya de la Torre, puede encontrarse en Planas y Vallenas, “Haya de la Torre en su espacio y en su tiempo”.

posterior deriva del APRA. Evidentemente, el jefe aprista fue tanto decisivo en la gestación de su organización, como también marcando el pulso de las iniciativas que ritmaron su itinerario. Pero un acercamiento a la etapa primigenia del APRA que contemple al conjunto de figuras que participaron de su conformación permite, tanto contribuir al discernimiento del perfil de algunas de ellas, como ponderar más integralmente los elementos que operaron en su emplazamiento como una fuerza de tan perdurable influjo. En efecto, sin tener en cuenta la actuación de jóvenes como Magda Portal, Carlos Manuel Cox, Antenor Orrego, Luis Heysen, Serafin Delmar, Eudocio Ravines, Esteban Pavletich y, ciertamente, Manuel Seoane, entre otros, no se alcanza a comprender cabalmente, tanto la inserción del APRA en diferentes puntos del continente, como, más en general, la singular red que, siguiendo a Haya, permitió darle vida. Sin esa red, sencillamente, la tentativa aprista difícilmente podría haber cobrado forma⁴.

En relación con estas consideraciones iniciales, este artículo no busca interrogar la naturaleza del aprismo a través del clásico *El antiimperialismo y el APRA*, de Haya de la Torre, habitualmente considerado el principal documento doctrinario de este movimiento, sino que se propone desplazar esa lectura en favor de textos menos canónicos. En efecto, este trabajo pivotea en torno al primer libro de Seoane, *Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia*, editado en 1926 desde su exilio en Buenos Aires, y que traduce la experiencia del viaje que realizara un año antes al país del Altiplano, en ocasión de la conmemoración oficial del centenario de su independencia. Esa elección parte de la idea de la productividad de una lectura de ese libro que, tanto en su contenido explícito como en lo que su propia factura revela, permite iluminar facetas no sólo de su autor, sino del cariz del antiimperialismo aprista que se hallaba entonces en gestación.

II

Manuel Alejandro Seoane Corrales (1900-1963) fue una de las más destacadas figuras de una generación de hombres y mujeres del Perú que al-

⁴ Sólo recientemente han visto la luz una serie de estudios específicos sobre algunas de esas figuras. Cfr. Reedy, *Magda Portal*; García-Bryce, "Magda Portal"; *Manuel Seoane. Páginas escogidas*; Antenor Orrego. *Modernidad y culturas*; y Bergel, "Manuel Seoane y Luis Heysen".

canzó a sobresalir en toda América Latina. Como el del líder de esa constelación, Víctor Raúl Haya de la Torre, su nombre quedó indeleblemente asociado primero al movimiento reformista universitario y luego y sobre todo al APRA, en donde estuvo enrolado desde su fundación hasta el final de sus días. Pero, aunque llegó a ser candidato a vicepresidente por esa fuerza política en 1962, y hasta su fallecimiento fue una pieza clave en todas las iniciativas apristas al lado de Haya, el magnetismo y la voluntad de inquebrantable protagonismo de éste último —así como el brillo paralelo de José Carlos Mariategui, la otra personalidad estelar de esa generación—, tendieron a opacar su figura y a limitar lo que de él se conoce en la actualidad.

Sin embargo, a juzgar por varios testimonios, pocas muertes conmovieron tanto a la sociedad limeña como la de Manuel Seoane en 1963. Sus exequias, luego del traslado de sus restos a Lima desde Washington —ciudad donde residía en el momento en que se produce su deceso—, fueron acompañadas por una verdadera multitud, en una de las ceremonias fúnebres más populares de la historia peruana del siglo xx. Ello se explica no solamente porque las huestes apristas quisieran despedir a uno de sus padres fundadores, ni por las amplias simpatías —que desbordaban ciertamente las filiaciones partidarias— acumuladas por Seoane en su trayecto vital. El “Cachorro”, como se lo conocía, provenía de una familia civilista (conservadora) de larga prosapia que, tanto por parte de madre como de padre, hundía sus raíces en los grupos patricios de la república criolla⁵. No sorprende entonces que en su formación haya transitado por las más tradicionales y selectas instituciones educativas de la capital peruana, en un rasgo compartido por sus hermanos. Uno de ellos, Edgardo, también alcanzaría notoriedad política al obtener la vicepresidencia de la nación, secundando a Fernando Belaúnde Terry, en el periodo de gobierno de la Acción Popular iniciado en 1963. En definitiva, los Seoane Corrales estaban profundamente arraigados en la sociedad limeña, y son también esos vínculos sociales —muy a menudo puestos en entredicho, por el total compromiso político de Manuel Seoane con un partido acostumbrado a las conspiraciones revolucionarias y a ser tenazmente perseguido— parte de las causas de su extendido radio de influencia⁶.

⁵ Chang-Rodríguez, “Presentación” a *Manuel Seoane. Páginas escogidas*, p. 28.

⁶ El origen social de Seoane hace diferencia respecto a la mayoría de figuras de la generación fundadora del APRA, muchas de las cuales provenían de sectores medios o parcialmente acomodados, pero no de las elites tradicionales. Respecto a la conflictiva relación entre sus redes sociales de origen y su actividad política, resulta interesante el

Con todo, desde su ingreso en 1919 a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Manuel Seoane desarrolló un camino que habría de llevarlo pronto a posiciones antitéticas a las profesadas por sus círculos sociales de origen, y que lo llevaron a destacarse desde muy joven. Amigo de Haya desde fines de la década de 1910 (fue éste quien despertó en él las primeras inquietudes sociales)⁷, para 1923 ya había sido elegido presidente de la Federación de Estudiantes del Perú al vencer precisamente al futuro líder del APRA en una reñida elección en la que había contado con el apoyo del estudiantado conservador. Enterado, sin embargo, de la detención de Haya a manos del régimen de Augusto B. Leguía, Seoane declina en su favor la presidencia, que reasume cuando el joven trujillano parte finalmente al exilio en octubre de ese año⁸. Ese gesto marcará la fidelidad que sostendrá con el fundador y figura central del APRA —más allá de alguna desavenencia pasajera— hasta el final de sus días.

Menos de un año después de ocurrido el destierro de Haya, una nueva ola represiva emprendida por el gobierno de Leguía obligó a Seoane —junto a otros varios jóvenes enrolados en la Universidad Popular González Prada, bastión del movimiento universitario peruano— a emprender el primero de los cinco prolongados exilios que le tocaron en suerte. Como para varios de sus compañeros que hemos mencionado, tal desarraigo trajo un saldo benéfico indirecto, traducido en una estela de vivencias y contactos que lo proyectarán como una figura intelectual y política de renombre continental.

Tras huir a Santiago de Chile, Seoane recalca en Buenos Aires, donde rápidamente logra insertarse en la escena intelectual y política que recogía el impulso generado por el movimiento reformista universitario originado

sonado caso de su hermano Juan, también militante aprista, acusado de atentar contra el presidente Sánchez Cerro en marzo de 1932 (en un contexto en el que el APRA era objeto de una generalizada persecución). Apresado junto a José Melgar, Juan Seoane es encarcelado y rápidamente condenado a pena de muerte (allí es donde comienza la escritura de su célebre libro *Hombres y rejas*, en el que retrata su experiencia en prisión). Traemos a colación este episodio porque, a pesar del antiaprimismo de los sectores mas encumbrados, en la decisión final de suspender la ejecución de los presuntos culpables debe haber pesado la presión de organizaciones tradicionales (tales como el Colegio de Abogados de Lima) o los pedidos de clemencia de algunas conocidas “damas” de la alta sociedad de la capital. Agradezco esta referencia a Javier Torres Seoane.

⁷ Sánchez, *Haya de la Torre o el político*, p. 68.

⁸ Cornejo Köster, “Crónica del movimiento estudiantil”, reproducido en Portantiero, 1978. El texto de Cornejo Köster es de 1926.

en Córdoba, en 1918, especialmente en una de sus principales organizaciones: la Unión Latinoamericana (ULA), fundada por José Ingenieros y presidida por Alfredo Palacios. En esa entidad, que nucleaba a las figuras más prominentes de la “joven generación” antiimperialista y latinoamericanista, Seoane llegó a ser secretario general y director de su revista, el boletín *Renovación*⁹. Según Palacios, que lo consideraba “como un hermano menor”, por su incansable labor se había constituido en “el alma de la Unión Latinoamericana”¹⁰.

En esos años veinte, Seoane llegará a ser considerado por las juventudes latinoamericanas —que cultivaban entonces con notable intensidad un enorme cúmulo de contactos y redes a nivel trasnacional— una figura que reunía condiciones de líder del proceso de unificación continental que se anhelaba. Impulsor y principal sostén de la célula aprista de Buenos Aires, constituida formalmente en 1927, su capacidad oratoria y su dinamismo lo llevaron a ser incansable voz pública en actos y conferencias. A esas cualidades se sumaba una inclinación por la escritura y el ensayo de tinte político, que si resultaba ser un rasgo común para el conjunto de jóvenes peruanos en el exilio —alentados continuamente por Haya de la Torre a desplegar la literatura de propaganda por él cultivada—, en Seoane, que trabajaba como periodista en el popular diario *Crítica* de Buenos Aires, se verificaba con mayor naturalidad y profusión. Esas dotes le valdrían un generalizado reconocimiento y admiración¹¹.

⁹ Sobre la ULA y *Renovación* y, más específicamente, la labor de Seoane en ambas, véase: Pita, *La Unión Latinoamericana* y Bergel, “Manuel Seoane y Luis Heysen”.

¹⁰ “Un mensaje de Alfredo Palacios,” p. 9.

¹¹ Mencionemos sólo un caso significativo: aún después de la sonada ruptura con Haya, en 1928, Mariategui continúa su relación epistolar con Seoane, a quien sabe aprista, pero de quien aprecia no sólo su talento intelectual y político, sino la ausencia del personalismo caudillista que le exaspera en el jefe del APRA. Su amiga Blanca Luz Brum, poetisa uruguaya que había vivido en Lima y que debe exiliarse en 1927 en Buenos Aires, podía transmitirle por carta, en 1928, un juicio sumamente favorable del joven aprista: “nunca he tenido más fe en nuestra lucha que ahora, con qué seguridad marchamos junto a ese capitán que lo reemplaza en tanto, y que es Seoane, él nos instruye, con su fe y su hombría, cada día aprendemos más”. Poco antes de su muerte, y mientras preparaba su viaje a la Argentina, desde donde proyectaba seguir sacando su revista *Amauta*, Mariategui todavía confiaba en que la virulenta polémica con Haya no afectaría su relación con Seoane: “gran satisfacción me causan las noticias sobre Seoane —escribía entonces al artista plástico argentino José Malanca—, con quien yo también me prometo excelente camaradería en Buenos Aires” (ambas cartas en *Mariategui Total*, pp. 1961 y 2079). Según refiere Luis Alberto Sánchez, inclusive, sobre el final de su vida Mariategui envió con él

Esa fama rápidamente se contagió a otros países en los que un mismo lenguaje permitía rápidas complicidades y fluidos contactos entre los jóvenes universitarios. Así, en abril de 1925, un estudiante boliviano de la ciudad de Sucre, Julio Alvarado, enviaba a Seoane, a Buenos Aires, una carta que, por su elocuencia y el fervoroso anhelo unionista que transmitía, se da a publicar al boletín *Renovación*. La misiva comenzaba así:

Compañero: hasta estas brumas andinas, donde la tiranía va desencadenando los rudos golpes de un salvajismo milenario, han llegado, confusos, los nombres de Víctor Raúl Haya de la Torre y de usted. Adalides de las fuerzas universitarias de su patria, se presentan ustedes ante la juventud de América con la aureola refulgente del sacrificio y del martirio [...]. Desde estos cielos, esclavos bajo un señorío de déspotas y de arlequines, quiero que llegue a ustedes la palabra convencida de una juventud que también sufre, que también lucha, de una juventud que está encerrada en medio de las inmensas montañas y enclaustrada en medio de inquisitoriales sistemas de poderío. Y que llegue a usted el abrazo fraterno de otros estudiantes que lo admiran, que lo acompañan con todos los ensueños de su espíritu, que lo reconocen como a exponente de generosa rebeldía. Acepte usted el homenaje de una muchachada que quiere ser libre y que lo será!¹²

Según confía luego Seoane, es esta carta la que se encuentra en el origen del viaje que emprende en agosto de 1925 a Bolivia y que dará lugar posteriormente a la escritura de *Con el ojo izquierdo*¹³. Dedicado “al espíritu revolucionario de las muchachadas latinoamericanas” e introducido por una carta-prólogo a cargo de Alfredo Palacios, el libro se publica a comienzos de 1926. A poco de haber dejado contra su voluntad su Perú natal, el volumen ofrecía la confirmación de que en Manuel Seoane contaban

una carta para Seoane en la que denostaba al APRA y lo invitaba a dejarlo para unirse a sus huestes. Sánchez, *Haya de la Torre o el político*, p. 171.

¹² Carta de Julio Alvarado a Manuel Seoane, 7 de abril de 1925, publicada en el boletín *Renovación*, año 3, no. 6, junio de 1925 (agradezco a Alexandra Pita la cesión de una copia del ejemplar de la revista en que se publica esta carta).

¹³ Escribe Seoane a Alvarado a comienzos de 1926: “En respuesta a su estúpida carta —que no recibí directamente y que publicó *Renovación*—, le envío estas breves líneas que traducen su efecto: mi viaje y mi libro” (la cita de esta carta se encuentra en la reseña de *Con el ojo izquierdo* que el mismo Alvarado publicó en la revista argentina *Córdoba* en su edición del 1 de abril de 1926).

las nuevas generaciones con una figura plenamente consustanciada con el empeño antiimperialista y latinoamericanista que concitaba entonces anchas adhesiones. Esa aparición en la escena pública del país, que había visto iniciarse el proceso de la Reforma universitaria, apadrinada, por lo demás, por uno de los indiscutidos “maestros” de las nuevas camadas de jóvenes del continente, auguraba al joven peruano una resonancia continental que, como en el caso de Haya, se confundiría con la del propio fenómeno del APRA entonces naciente¹⁴. Sobre ese momento inicial, acerca del cual *Con el ojo izquierdo* hecha luz, tratan las páginas que siguen.

III

Con el ojo izquierdo contiene dos relatos y dos registros de escritura superpuestos. En primer lugar, se trata de un libro que reproduce la experiencia de un viaje. En esa perspectiva, que se puede ver sobre todo en los capítulos iniciales, Seoane deja aflorar la primera persona y así permite al lector acompañar subjetivamente su travesía. De allí, por ejemplo, el comienzo por los cambios en el entorno geográfico que se producen a medida que el tren en el que se desplaza deja la Argentina y se interna en Bolivia, o las sensaciones que se producen en el autor al encontrarse con muestras vívidas de la realidad social de miseria y atraso del país mediterráneo.

El libro ofrece así una mirada interior a una de las prácticas culturales y políticas medulares de la generación de la reforma universitaria latinoamericana y, en especial, del núcleo que da origen al aprismo: la del *viaje proselitista*. Al menos desde comienzos del siglo xx, en efecto, América Latina es más que una idea que se expande al compás de la percepción de la

¹⁴ La carta inicial de Palacios presentaba a Seoane como una figura clave de la nueva generación peruana, con la que había trabado especial relación a partir de las dos resonantes visitas que había realizado a Lima en 1919 y 1923 (la primera de ellas, según numerosas referencias, crucial por su impacto en la gestación del movimiento reformista universitario). De allí que, en ese elogio a Seoane, era toda la nueva generación peruana la que recibía la aprobación de esa figura tan ilustre: “Es Ud. Peruano. Y ese pueblo del Perú, en que se une al elemento hispánico de los conquistadores, el sedimento de la raza incaica, cuyo fondo es también el idealismo y un profundo sentimiento de comunidad, es de los más propicios para que en él germinen y triunfen los nuevos ideales y constituya un foco de irradiación cordial y orientadora que contribuya eficazmente a la unión y al despertar de nuestra América”, Palacios, “Prólogo” p. 6.

amenaza imperialista norteamericana: es y se expresa, también, en un conjunto de prácticas, que resultan en un tejido constituyente de imaginario continental común. Dicho de otro modo, la idea de la unidad y el destino común del continente requirieron para propagarse de una serie de hechos fácticos —de prácticas— que, al llevar inscriptos en su propia naturaleza la dimensión trasnacional de la que eran soporte, contribuyeron a expandir el ideal latinoamericano. Esa *materialidad de la idea de América Latina* tuvo en efecto en el viaje americano uno de sus vehículos más importantes.

Si no la primera, sí la más célebre y significativa expresión de ese tipo de viaje fue la que llevó a cabo el escritor modernista y socialista argentino Manuel Ugarte por varios países del continente entre 1911 y 1913. Su autodenominada “campana hispanoamericana”, que, al decir de Beatriz Colombi, “inaugura la gira proselitista continental que imprime un nuevo sentido al viaje finisecular”¹⁵, fue seguida por miles de personas y tuvo enorme repercusión precisamente por acompañar a la idea de la necesaria unidad latinoamericana de una dimensión práctica: la del viaje, que posibilitaba la presencia y la comunicación cara a cara de personalidades que representaban el ideal continental con un auditorio con el que empatizaban. Era en esa fricción producida en el acto del encuentro entre una figura carismática y una comunidad receptora, que lograba reforzarse el “nosotros” común que anudaba a intelectuales, estudiantes y a veces también obreros de distintas partes del continente. Si el viaje proselitista resultaba así eficaz en la producción de un registro simbólico, era por producir una escena que, al evocar una serie de sentimientos compartidos —el desprecio al imperialismo yanqui, el culto a figuras y temas del unionismo latinoamericano—, se constituía en un dispositivo de construcción de sentidos compartidos de comunidad¹⁶.

Esa forma del viaje, presente ya en una porción del lote de escritores enrolados en el modernismo latinoamericano, se generaliza y adopta una postura más decididamente militante luego de la Reforma de 1918. Y, precisamente, si virtualmente todos los países del continente van a verse afectados por los efectos del proceso reformista —no hay universidad latinoamericana en la que los ecos del movimiento estudiantil no se haga sentir al menos en algún grado—, la resonancia y el prestigio que alcanzan

¹⁵ Colombi, *Viaje intelectual*, p. 181.

¹⁶ Hemos desarrollado esta perspectiva sobre el viaje proselitista en Bergel y Martínez Mazzola, “América Latina como práctica”.

dentro de ese universo los jóvenes peruanos, se debe en buena medida al modo en que asumen la dimensión del viaje como modo de desarrollar el activismo del que hacen permanente gala. La movilidad y el carácter nomádico que el exilio les impone, y que ellos vivencian antes como una oportunidad que como un infortunio, es la variable fundamental que explica el lugar prominente que Haya de la Torre y sus compañeros ocupan en el escenario reformista latinoamericano de los años veinte¹⁷.

El rédito que la secuencia de viajes y conferencias podía representar para quien se aprestara a comunicar en acto las ideas y valores que conmovían a la generación latinoamericana de los años veinte, había tenido, en el caso de los jóvenes peruanos, un significativo banco de prueba en el periplo que Haya de la Torre realizó en 1922 a través de los países del Cono Sur como resultado de un convenio realizado entre las federaciones universitarias del Perú y la Argentina¹⁸. El viaje resultó un verdadero éxito, y a raíz de ello Haya pudo medir la fortuna que podía depararle la asunción del rol de *leader latinoamericano* que las juventudes del continente parecían anhelar. En su vertiginoso raid de más de dos meses, el peruano visitó numerosos lugares de Argentina, Uruguay y Chile, y participó de una gran cantidad de actos y rituales —por caso, la visita a las tumbas de Rodó y del poeta Domingo Gómez Rojas, símbolo y mártir del movimiento estudiantil chileno—, en los que pudo comprobar el entusiasmo y la simpatía que podía suscitar a su paso. El caso más significativo lo obtuvo sin duda en el país trasandino, donde continuaba pesando el encono nacionalista entre chilenos y peruanos a raíz del conflicto territorial irresuelto legado por la Guerra del Pacífico. Allí, según podía referir el diario *El Mercurio* de Valparaíso, Haya de la Torre “ha ‘operado el prodigio’ de lanzar vítores al Perú en Chile”¹⁹.

Esa experiencia, sin duda crucial para Haya (y sobre cuya importancia, tanto en los relatos biográficos que se le han dedicado, como en la historia de la génesis del APRA en tanto movimiento continental, no suele repararse), fue replicada con similar éxito más de un año después, cuando le tocara dejar el Perú esta vez involuntariamente. Es en el exilio de casi ocho años que lo lleva a atravesar innumerables ciudades de América y Europa, incluidas algunas de la Rusia soviética, que al calor de los contac-

¹⁷ Esta hipótesis ha sido presentada en Bergel, “Nomadismo proselitista”.

¹⁸ “Convenio internacional de estudiantes peruano-argentino”, pp. 25-26.

¹⁹ Citado en “Crónica del viaje de Haya de la Torre,” p. 153.

tos y la resonancia que su odisea encuentra, se forja y se va moldeando la empresa aprista. Pero si ella alcanzó a ramificarse en muchos países —a través de células propias o de grupos o entidades en los que proyectó su influjo—, fue porque ese frenesí viajero que da tono a la experiencia del exilio de los jóvenes peruanos, se reprodujo en otras figuras de la primera generación aprista. El poema “Canto viajero”, que la poetisa y futura figura de peso de la célula aprista mexicana, Magda Portal, escribe en el barco que la conduce a su destierro del Perú, en 1927, es una muestra de ese estado de ánimo:

Yo hacia la vida
como una ancha boca roja
con mil voltios de locura proa feroz al futuro²⁰

Todo ello permite encuadrar el tipo de disposición vital que hubo de propiciar el viaje de Manuel Seoane a Bolivia en 1925, y que se plasma en fragmentos de la narración que *Con el ojo izquierdo* ofrece. Ya en su comienzo, en el primer capítulo titulado transparentemente “Por qué fui a Bolivia”, Seoane explicita ese *ethos* que lo embarga:

Desde un punto de vista subjetivo, mi vida en Buenos Aires, la ciudad estridente y multánime, se desenvolvía monocorde y municipalmente. *Una nostalgia obsesionante de anteriores épocas de lucha se había venido apoderando de mi ánimo*. Es cierto que disfrutaba de afectos y de paz en la gran capital del Plata, pero *una diferente manera de concebir la acción me distanciaba espiritualmente de los amigos cotidianos y especialmente del gremio estudiantil* [...]. *Aquello me aburría* [...]. Aprecio más el dinamismo que la erudición. Creo que las grandes obras demandan impulsos calientes y exaltados y no la fría disección analizadora de los gabinetes. El academicismo es un lento suicidio del carácter [...]. Este cúmulo de circunstancias ha subalternizado el ambiente y la orientación del estudiantado del Plata. Ni culpo ni disculpo. Este descenso después del movimiento inicial que cumplió la vidente generación del '18 obedece a muchos factores que no es del caso descubrir [...]. Diré, pues, para concluir, que la agitación ideológica es reducida en extensión aunque valiosa en calidad, pero que únicamente se vierte en el folleto, en el periódico o en la lírica declaración convencional. Al movimiento

²⁰ Reedy, p. 91.

le falta hondura [...]. De no adentrarse en la tierra, vale decir, penetrar en la masa, cualquier vendaval demagógico, de izquierda o de derecha, puede derribarlo fácilmente²¹.

Por contraste a la vida demasiado apacible de Buenos Aires, Seoane elige ir a Bolivia, para atravesar así las “inmensas montañas” que mantienen encerrada a la juventud de ese país (según la imaginaria geográfico-política de Alvarado que el peruano hará suya). El viaje de Seoane se justifica así ante el lector como el eslabón práctico capaz de unir aquello que está separado. La acción de la que el joven universitario se precia es doble y bidireccional. De un lado, su viva presencia quiere comunicar en acto y en palabra la existencia de una nueva fuerza que dice haber llegado para remover y purificar el continente: la tantas veces mentada “nueva generación americana”. Seoane busca encontrar los núcleos vivos a partir de los cuales contribuir a dinamizar en Bolivia un proceso de renovación, que conecte con el movimiento de emancipación continental del que se siente parte. De otro lado, su viaje busca ser útil a la causa de dar a conocer al público latinoamericano la realidad de los “problemas bolivianos”. Ese doble propósito de ida y vuelta aparece en el primer párrafo del texto:

“Es usted el mensajero de la juventud de Bolivia”, díjome Enrique Baldivieso, el presidente de la Federación Universitaria, cuando el tren me arrancaba de La Paz. “Cuenta lo que haya visto que con eso basta”, añadió, sintetizando en esa frase todo el dolor y la esperanza de una generación. Partió la locomotora y ví agitarse, trémulas, las manos de los obreros y estudiantes de Bolivia, como signos que saludan al porvenir...²²

El contingente de obreros y estudiantes que acude a despedirlo, en el cual Seoane finca sus esperanzas, es el saldo que el viajero se lleva de su movimiento de ida: el de presentarse como la encarnación del espíritu nuevo que recorre y fecunda el continente. A diferencia del relato siempre autocelebratorio de Haya de la Torre, Seoane es escueto en cuanto a la narración de los eventuales éxitos en los momentos en

²¹ Seoane, *Con el ojo izquierdo*, pp. 16-18. Las cursivas son mías.

²² Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 13.

que le toca tener actuación pública²³. Por referencias que deja entrever, puede colegirse que tanto la conferencia que da en la Universidad de La Paz como, de manera más concluyente, la intervención que se le pide en el congreso en el cual se constituye una Confederación Nacional del Trabajo —donde, según muestra en uno de los apéndices del libro, le es concedido ser el “portavoz y representante de la primera entidad nacional obrera [...] ante las organizaciones de todos los explotados de la República Argentina”—²⁴, concitan atención y generan efectos en sus res-

²³ Ese tono autocelabratorio podía respaldarse en las devoluciones encomiásticas de las que a menudo eran objeto los militantes apristas luego de sus presentaciones, conferencias y actos en las giras y viajes continentales. Citemos dos ciertamente elocuentes. En 1923, apenas desterrado por el gobierno de Leguía, Haya recalca en Cuba, donde ayuda a Julio A. Mella, líder de los universitarios de ese país, a fundar la Universidad Popular José Martí, además de brindar varias alocuciones públicas. El retrato que hace Mella de esa visita pone de manifiesto la conmoción que supo causar: “Pasó entre nosotros, rápido y luminoso, como un cóndor de fuego marchando hacia los cielos infinitos. En su breve estancia se nos presentó; ora como un Mirabeau demoledor con la fuerza de su verbo de las eternas tiranías que el hombre sostiene sobre el hermano hombre, ora como el Mesías de una Buena Nueva que dice la palabra mágica de esperanza [...]. Cuando se le sentía, más que cuando se le veía en la tribuna, se tenía la sensación de algo misterioso vagando por el ambiente, subyugaba y dominaba de tal forma el auditorio, que éste semejava mansos cachorros de león cumpliendo las órdenes del domador, hacía reír, llorar, pensar, temer, toda la gama del sentimiento la recorría con magistral exquisitez. Es el arquetipo de la juventud americana, es un sueño de Rodó hecho realidad, es Ariel” (Mella, “Haya de la Torre”). Seis años después, la gira centroamericana de Magda Portal permite que un periodista puertorriqueño eleve consideraciones semejantes ante el paso de la poetisa: “Pocas veces, espíritus tan recios como el de esta mujer que encarna el tipo perfecto de la mujer del porvenir, han pasado por nuestros centros culturales en sujeción al noble apostolado de una idea o de una doctrina social, sembrando en el surco recién abierto de la juventud inquisitiva, el germen de un nuevo sentir, de un nuevo pensar y de un nuevo hacer. Porque Magda Portal, más que una poetisa del arte revolucionario, más que una ensayista vertebrada, más que un temperamento en tensión emotiva, es una fuerza en acción, un hontanar trémulo de dinamismo, un metal líquido en fusión continua”. Cit. en García-Bryce, p. 1.

²⁴ Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 157. Según se señala al inicio del libro, Seoane viaja a Bolivia en calidad de representante no sólo de los estudiantes peruanos, sino también “de la Federación Universitaria de La Plata y de distintos centros estudiantiles de la Argentina” (p. 15). Con ello replicaba lo realizado por Haya en su viaje de 1922, cuando en su visita a Chile llevara, a modo de estandarte, el saludo oficial de las juventudes universitarias del Uruguay y Argentina (países que había visitado con anterioridad). En este tipo de representaciones, otra forma práctica de producción de lazos transnacionales, la nacionalidad de origen del viajero queda suspendida y hasta borrada en beneficio de una superior identidad continental.

pectivos auditorios. Pero el texto no abunda en describir tales efectos. En cambio, es el movimiento de regreso, el relato que Seoane organiza para familiarizar a los lectores argentinos y latinoamericanos en los “problemas bolivianos”, el que ocupa la mayor parte del texto. “Ahora cumplo mi deber”, dice el autor, luego de mencionar la encomienda que Baldivieso le solicita. Y así, entonces, el grueso de los capítulos del libro se encarga de diseccionar aquello que su mirada escruta de la realidad boliviana.

IV

En *Con el ojo izquierdo* hay un segundo registro en el que el yo viajero queda suspendido o borrado en beneficio de un tipo de aproximación que procura persuadir al lector, basándose en descripciones que se quieren ajustadas a la realidad. Se trata allí de dar a conocer, según señala sobre el final del texto, “los términos objetivos y precisos de los problemas bolivianos”²⁵. En esa escritura, la experiencia subjetiva de la travesía queda relegada y aparece apenas para dar mayor asidero a la pretensión de objetividad (“solamente he escrito lo que pasó ante mis ojos curiosos y atentos”, señala en las “Palabras finales”, el último acápite del texto)²⁶.

En 1924, cuando Seoane arriba a la Argentina, “pobre y desterrado” —según refiere Palacios—, recibe la ayuda de diversas figuras. Por un lado, la del entonces ministro de Educación del gobierno de Marcelo T. de Alvear, Antonio Sagarna, antiguo simpatizante socialista y exministro plenipotenciario en Lima, quien le consigue un empleo en la cartera a su cargo²⁷. Por otro, la del propio Palacios, quien desde su decanato de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad Nacional de La Plata resolvió trabas burocráticas que le allanaron el camino para su inscripción como estudiante en esa casa de estudios. Rápidamente, sin embargo, a esas actividades se agregó su trabajo en el diario *Crítica*, donde afloró su ímpetu militante que, antes que detener, el exilio había incrementado. Ese periódico, que había renovado profundamente las modalidades del periodismo gráfico argentino, vivía entonces una fase de esplendor.

²⁵ Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 147.

²⁶ Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 147.

²⁷ Tal lo que refiere en sus memorias Blanca Luz Brum, en las que, por lo demás, abunda nuevamente en elogios a Seoane. Brum, *Mi vida*, pp. 57-58.

De gran masividad (podía reportar, hacia fines de la década, un tiraje de 300 mil ejemplares), *Crítica* profesaba un estilo popular y hasta de sesgo sensacionalista, en el que tenían amplio espacio secciones novedosas, como las dedicadas al deporte y a los casos policiales. Lo anterior, junto a otros varios rasgos, le otorgaron un estatuto casi mítico en la historia de la prensa argentina y acabaron por conferirle un lugar crucial dentro de “los procesos de modernización a través de los cuales se profesionaliza la figura del periodista”²⁸. Junto a ello, el periódico ofreció sus páginas a la colaboración de intelectuales y escritores argentinos y del resto del continente, que lo valoraron como fuente tanto de visibilidad pública y prestigio como de retribución económica²⁹. En sus páginas, por caso, desde mediados de los años veinte solía escribir Haya de la Torre; según se afirmaba en 1932, “sus colaboraciones en *Crítica* de Buenos Aires son bien conocidas en América”³⁰. Esa vía de expresión, con toda probabilidad, fue gestionada al jefe aprista por Seoane.

Y es que el multifacético Manolo —como también lo llamaban en esa época sus compañeros de exilio—, que en poco tiempo alcanzó notoriedad en círculos del reformismo universitario rioplatense (en esos años veinte viajó y participó en varias ocasiones en actividades y actos públicos en el Uruguay), se granjeó también un lugar de cierto peso dentro del reconocido equipo de periodistas de *Crítica*. El ojo que mantenía en el Perú, junto a la generación de jóvenes peruanos desterrados, le indicó la indispensable necesidad del regreso cuando, a mediados de 1930, cae finalmente el dictador Augusto B. Leguía. Sin embargo, poco tiempo después, cuando el nuevo gobierno de Sánchez Cerro emprende una persecución mucho más feroz sobre el flamante partido de masas en el que se había convertido velozmente el aprismo, obligado a un nuevo exilio en Buenos Aires, Seoane es rápidamente aceptado en el plantel de

²⁸ Saitta, *Regueros de Tinta*, p. 19.

²⁹ Miceli, “La vanguardia argentina”, pp. 170–171.

³⁰ Tales las palabras presentes en el esbozo biográfico (que no lleva firma pero que probablemente fuera escrito por Seoane) que abre una compilación de esos escritos de Haya publicaba en Buenos Aires, en la editorial Claridad. En relación a esas colaboraciones, el jefe aprista destacaba en el cierre de un breve prólogo: “Agrego a los artículos publicados en *Crítica* alguno de los que aparecieron en *La Voz del Interior* de Córdoba. A ambos diarios argentinos debo recuerdo grato, porque respetaron mi libertad de opinar y retribuyeron mi trabajo intelectual. Ambos me ayudaron a salvar las dificultades premiosas de mi nada holgada economía”, Haya de la Torre, *Impresiones*, pp. 9 y 12.

Crítica. Todavía más, ya bien entrados esos años treinta, según recuerda su compañero en el destierro, Andrés Townsend Ezcurra, las salas de la redacción del diario “servían de sede informal a los exiliados apristas de la capital argentina”³¹. Esa buena disposición de *Crítica* para con los exiliados peruanos, propiciada por Seoane, condujo a que desde el APRA se saludara en el diario a “la tribuna desde la cual la Nueva Generación latinoamericana combate con igual repudio a los imperialismos extranjeros que vienen colonizando nuestros países y a los gobiernos latinoamericanos que con medidas dictatoriales y odiosas [...] se hacen cómplices de los capitalistas extranjeros”³².

Educado así en el oficio periodístico, Seoane cumplió una función clave en la fase de fulgurante popularización del aprismo, al fundar en 1931 y dirigir por varios años el diario limeño *La Tribuna*, que llegó a competir con el tradicional *El Comercio*. Sus dotes organizativas en esa arena se percibirían también en Chile, adonde se muda en 1936 abandonando la Buenos Aires que lo había cobijado en su tercer exilio. Allí, según consigna Eugenio Chang-Rodríguez, “convirtió el boletín bibliográfico *Ercilla* en una publicación informativa moderna y atractiva”, hasta transformarla en “la primera revista de ese país”³³.

Con ser singularmente intensa, la vinculación de Seoane con el mundo de la prensa no era ciertamente un rasgo demasiado excepcional entre los intelectuales de su entorno. Según Diego Tatián, el tipo de escritura de uno de los más conspicuos miembros de la generación de la Reforma universitaria, Deodoro Roca —a cuya pluma se debe, como es conocido, el *Manifiesto Liminar* reformista de Córdoba en 1918—, puede ser pensada en términos de un *periodismo filosófico*. Roca, quien

³¹ Townsend Ezcurra, “Juan Seoane”, p. 276. Por esa misma época, a sabiendas del influjo de Seoane en el periódico porteño —y de la solidaridad que siempre había mostrado con los desterrados peruanos—, el escritor Ciro Alegría, también deportado y pobre en Santiago de Chile, le escribía: “yo quisiera trabajar un rato en *Crítica* por conocer Buenos Aires”. Dos semanas después, volvía a escribirle acusando recibo del pasaje que Seoane le enviaba, pero le señalaba que por un asunto sentimental postergaba indefinidamente su viaje: “Eso es todo, Manolo. Y disculpa que haya defraudado, por el momento, la buena voluntad y el interés que pusiste en hacerme viajar”. Ambas cartas se publican en Alegría, *Mucha suerte*, pp. 152–153.

³² “Una nota de la APRA a la embajada argentina”, p. 92. El juicio estaba mediado por la distancia, puesto que pasaba por alto el hecho de que *Crítica* había apoyado el golpe de estado a Yrigoyen de 1930.

³³ Chang-Rodríguez, “Presentación”, p. 28.

no publica en vida ningún libro, escribía textos cortos para los cuales se servía de los acontecimientos diarios de la vida contemporánea; ellos le permitían hilvanar reflexiones capaces de esbozar los rasgos de una ontología social de su tiempo³⁴. Es posible tal vez extender la observación de Tatián a otras figuras de la generación de 1920. Por caso, a Mariategui, muchos de cuyos textos fueron integrados luego en libros, por él o por quienes se encargaron de custodiar su obra una vez que hubo muerto. Su obra remite también al formato del escrito breve, pensado para medios gráficos, y que tomaba acontecimientos puntuales traídos por las nuevas tecnologías de la comunicación para pasarlos por el rasero de su prisma, que los devolvía en forma de elaboradas reconstrucciones de fragmentos de su “escena contemporánea”.

Ahora bien, si la escritura de Roca, Mariategui u otras figuras de la nueva generación americana se deja aprehender en la fórmula de un periodismo filosófico como el recién atisbado, la pluma de Seoane, formada, como hemos visto, en las escuelas de la prensa moderna, ofrece un tipo de texto que encaja más bien en un periodismo de tinte sociológico. Ese sesgo se deja apreciar tempranamente, y así *Con el ojo izquierdo* surge de la operación de disección de la realidad boliviana que se lleva a cabo a través de radiografías histórico-sociales de los diferentes aspectos que, a juicio del autor, organizan el entramado del país que visita.

¿Qué observa en Bolivia la mirada de Seoane? Más allá de la honestidad y objetividad que reclama para su libro, el autor no esconde que la lente con la que mira es una particular: “si hay estrabismo en observar con el ojo izquierdo, es un sano estrabismo que nace del corazón”, señala³⁵. Si todo relato de viaje pone a trabajar la suma de representaciones previas de las que se dispone, será la mirada del autor —y con ella la mirada de una época y una cultura— la que construya su objeto. El “ojo izquierdo” de Seoane que mira a Bolivia surge de un archivo de temas y tópicos ya disseminados en la ascendente franja de la que forma parte el peruano, y cuya visión contribuye a desarrollar. La “actitud textual” (para usar el concepto de Edward Said) que rige el ojo de Seoane remite, en efecto, a un espectro de lecturas y posiciones que entonces fermentaba en el campo cultural de la nueva generación peruana y latinoamericana; pero, a la vez, esa mirada deja ver algunas evoluciones particulares que habrían de terminar sin-

³⁴ Tatián, “Memorias del subsuelo”.

³⁵ Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 147.

gularizando la doctrina aprista. Es conveniente ordenar algunos de esos aspectos que, así elegidos, iluminan núcleos relevantes del pensamiento del autor en esa segunda mitad de los años 1920:

a) *Política Criolla*: Seoane señala —en un tópico que encontramos en numerosas reverberaciones del ensayo latinoamericano— que las formas republicanas y las prácticas electorales son exteriores respecto al curso social real y sustantivo que trama la evolución social boliviana. Los dos partidos que se disputan el poder, el republicano y el liberal, no son sino maquinarias artificiales. El autor distingue entre las “fuerzas políticas”, que se disputan el poder, y las “fuerzas vivas”, que permanecen trágicamente fuera del escenario nacional³⁶. La política boliviana presenta un inocultable carácter de clase. “Casi todos los políticos de Bolivia son burgueses cerrados a toda comprensión de los problemas sociales”, señala Seoane. Son ellos, “los criollos”, quienes se encargan de preservar intacto “el feudalismo agrícola, la esclavitud minera, la noche intelectual de los aborígenes, la miseria de los trabajadores”³⁷. La realidad boliviana mal esconde entonces su dualismo inconciliable. Y, sin embargo, las mayorías del país mediterráneo siguen presas de la ignorancia y no atinan a organizarse. Las críticas, “con criterio legalista”, a la supuesta tiranía del entonces presidente saliente Bautista Saavedra, no alcanzan a rozar sino la superficie del problema político boliviano. Saavedra es tirano, pero por razones tanto más profundas que las esgrimidas por la oposición de turno. ¿Qué hacer entonces? La apertura a la que da lugar Seoane apenas comenzaba a esbozar los términos de una solución que, a distancia de otras derivas del movimiento reformista universitario en diversos países del continente, será la sostenida fervorosamente por el aprismo en su etapa primigenia:

Los pueblos que anhelan una solución integral —señala Seoane—, saben que para derribar un sistema de explotación, es necesario acrecentar el dinamismo, delimitar los factores que deben intervenir en la acción conjunta. Es necesaria la revolución y no la revuelta, para decirlo en una sola frase³⁸.

³⁶ Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 53.

³⁷ Seoane, *Con el ojo izquierdo*, pp. 59–60.

³⁸ Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 68.

Lejos entonces del reformismo que se apoderará progresivamente del APRA, la realidad boliviana le sirve a Seoane para ratificar la necesidad que, para los jóvenes del naciente aprismo desperdigados en el exilio, asume la cuestión de la revolución. Si para algunos de ellos esa noción aparece como una intuición apenas justificada³⁹, en su caso, el cuadro que ofrece Bolivia, en cuanto a la patente realidad de exclusión de las grandes mayorías, divorciadas del juego político electoral formal, otorga la posibilidad de darle otro sustento al clamor revolucionario. Esa vía de impugnación de la política criolla conectará poco después con un más explícito rechazo de “los sufragistas”, en un artículo publicado en la revista *Amauta* dirigida por Mariategui en Lima:

Hay que ir más allá del sufragio y de las instituciones democráticas [...]. Mientras la política sea, y lo será quizás siempre, una tarea de especialistas, el sufragio universal tiene relativa validez. En todo caso, es admisible al pronunciamiento sobre las líneas generales de la política. Pero para eso es menester, al mismo tiempo que otorgar el voto, otorgar las oportunidades de cultura [...]. Hablar de una transformación peruana a base del voto, es risible. Nuestro analfabetismo, por si desapareciese la acción interesada de la clase dominante, es sencillamente trágico. Nuestra fórmula tiene que ser otra. Debe interesarnos el fin y no el medio....⁴⁰.

La fundación a comienzos de los años treinta del Partido Aprista Peruano y su meteórica transformación en partido de masas, ofrecerían un desmentido al escepticismo de Seoane respecto a las posibilidades de la política electoral a la que el APRA, siempre que se le permitiese, se entregaría desde entonces (sin abandonar, al menos en sus inicios, la estrategia insurreccional). Pero, para entonces, el aprismo se habría transformado

³⁹ Así, Enrique Cornejo Köster podía narrar a Luis Heysen que los jóvenes peruanos exiliados en Buenos Aires comenzaban a reunirse con el fin de “constituir un partido que tendría por fin principal el derrocamiento de Leguía”. “Carta de Enrique Cornejo Köster a Luis Heysen”, Buenos Aires, 20 de marzo de 1925, p. xxix.

⁴⁰ Seoane, “Contra los sufragistas”. Entre sus múltiples tareas en el exilio, Seoane ofició de agente clave de la revista comandada por Mariategui. En sucesivas cartas, podía informarle de los avatares de la revista en Buenos Aires, ofrecerle repetidamente artículos suyos o de otros, y hasta informarle de la constitución del “grupo Amigos de *Amauta*”. “Carta de Manuel Seoane a José Carlos Mariategui”, Buenos Aires, 14 de agosto de 1928, en *Mariategui Total*, p. 1918.

en algo distinto a la suerte de partido revolucionario de vanguardia conformado por intelectuales que supo ser en la década del veinte⁴¹.

b) *El imperialismo norteamericano*: esa política criolla que se denuncia fervientemente es inseparable, en el análisis de Seoane, del fenómeno imperialista. La tiranía de Saavedra es, antes que nada, una tiranía económica, cuyos estrechos lazos con la avanzada norteamericana en el continente son fácilmente perceptibles. En su mirada, los capitales y las corporaciones yanquis, con la anuencia de las elites locales, succionan la savia del país. Esa perspectiva de Seoane acompaña el movimiento entonces propiciado por Haya de la Torre, en el sentido de definir al imperialismo en una orientación esencialmente económica. El líder aprista, en esos años estudiante en las universidades de Londres y Oxford, donde se forma en los clásicos del marxismo, va a proponer a las células apristas (entonces apenas en gestación) el estudio concreto de las formas en que se manifestaba el fenómeno imperialista. Así, a comienzos de 1927, en ocasión de la inauguración de la célula aprista parisina, a cuyo cargo se ubica al entonces aprista y más tarde comunista Eudocio Ravines, se dice:

La sección de París de nuestro frente único debe concretarse, más que ninguna otra, a una tarea de estudio. Por eso me parece París el lugar propicio para la fundación del Centro de Estudios Antiimperialistas del APRA [...]. La tarea inmediata de los latinoamericanos residentes en París y afiliados al frente único antiimperialista del APRA es estudiar el imperialismo, sus aspectos y sus consecuencias en nuestros países. Nuestra ignorancia en este orden es lamentable. Si supiéramos medir los avances del imperialismo con la misma seguridad con que sabemos medir los versos de un soneto romántico, no caeríamos en el error de creer que el imperialismo “comienza” cuando los marineros yanquis llamados por un señor Díaz cualquiera

⁴¹ La participación en elecciones y la puesta en marcha de un dispositivo de captación de voluntades populares —himnos, rituales, un diario como *La Tribuna*, etc.—, son diversos indicadores de esa transformación. Esa transición no se operaría sin embargo sin importantes continuidades con el momento anterior. En 1931, por caso, en una sección de la flamante revista APRA titulada “reportaje a nuestros líderes” —una suerte de cuestionario, en números sucesivos, efectuado a los principales dirigentes: Magda Portal, Seoane, Heysen, Sánchez, Herrera, Cox, entre otros—, Lenin aparece mencionado en casi todas las respuestas ofrecidas a la pregunta: “¿Cuál de los reformadores sociales admira Ud.?”

desembarcan en nuestras playas [...]. No descuidemos nuestra propaganda; pero nuestra propaganda tiene que ser científica, demostrativa y corolario de nuestros estudios⁴².

Pero aún a pesar del diagrama previsto por Haya, parece haber sido la célula aprista de Buenos Aires, liderada por Manuel Seoane, el espacio que con más énfasis se dispuso a llevar a cabo estudios concretos y declaradamente “científicos” del imperialismo. Desde 1927, numerosos artículos suyos, cargados de cifras y elementos de análisis que buscan desentrañar y demostrar empíricamente la naturaleza de la penetración económica del capital norteamericano en diversos países latinoamericanos, se publican en importantes revistas del continente, como *Amauta*, *Renovación*, *Claridad* de Buenos Aires, *Atuei* de La Habana y *Ariel* de Montevideo, entre otras. Ya en 1925, Seoane podía decirle a Luis Heysen, por entonces en Chile, que los jóvenes desterrados en Buenos Aires “desde acá nos proponemos estudiar los problemas peruanos”⁴³. En efecto, aunque esos estudios llevan usualmente su firma particular, al menos algunos, según se señala, fueron elaborados “en el Seminario de la Célula del APRA en Buenos Aires, sobre la base del Extracto Estadístico”⁴⁴. Esa voluntad de sentar sobre bases numéricas las denuncias al imperialismo yanqui (un hecho que, dentro del cada vez más extendido clima antinorteamericano presente en la opinión pública del continente, resultaba, si no inexistente, al menos sí infrecuente)⁴⁵, podía ser referida también en una carta a

⁴² Haya de la Torre, *Por la emancipación*, p. 91.

⁴³ “Carta de Manuel Seoane a Luis Heysen”, Buenos Aires, 17 de enero de 1925, p. xxiii.

⁴⁴ Seoane, “Bancarrotas financieras”. Esa “bancarrotas”, ilustrada con cuadros estadísticos —inusuales en la textualidad habitual de *Claridad*, la revista porteña de renombre continental en el que aparecía el artículo— obedecía, según Seoane, a la deuda pública contraída por el gobierno de Leguía con entidades capitalistas norteamericanas.

⁴⁵ En la época y en Buenos Aires, un similar afán por dotar de sustento empírico las requisitorias contra el imperialismo norteamericano podía encontrarse en los documentados artículos que el uruguayo Carlos Quijano supo remitir desde París a la revista *Sagitario* —publicación clave del reformismo universitario de la ciudad de La Plata—, con el fin de historiar “las etapas de la intervención yanqui en Nicaragua”. Ese análisis, que se remontaba a 1909, vinculaba la prepotencia norteamericana sobre el pequeño país centroamericano con “el endeudamiento de Nicaragua y su entrega a los banqueros de Nueva York”. Quijano, “Nicaragua”, *Sagitario*, núm. 8, p. 167. Esos artículos serán luego volcados en el libro que el uruguayo publica casi inmediatamente bajo el título *Nicaragua, un ensayo sobre el imperialismo de los Estados Unidos*.

Mariategui: “le adjunto un artículo sobre la deuda pública peruana [...] ha sido escrito especialmente para *Amauta* calculando que la estupidez policial no llegará a husmear en una cosa con tantos números”⁴⁶.

El corolario de esa serie de investigaciones será el folleto *La garra yanqui*, que Seoane publica en 1930, en Buenos Aires, por editorial Claridad. El trabajo, que en la “advertencia” colocada al inicio se anuncia como “el primer capítulo de un libro en lenta preparación” —que a la postre no llegará a materializarse—, reúne textos previos editados en la revista *Atenea*, una publicación de la ciudad chilena de Concepción. Su propósito radicaba en ofrecer “un examen general y sintético de los equívocos surgidos alrededor de la definición y métodos del imperialismo yanqui y en un breve diseño de sus causas esenciales”⁴⁷. Repleto de un variado menú de fuentes —diarios, estadísticas, libros y folletos de variada procedencia, como el conocido *La diplomacia del Dólar*, de Scott Nearing y Joseph Freeman, o *El futuro de América*, del escritor y antiguo colaborador de Manuel Ugarte, Bernardo González Arrilli, además de los ya entonces clásicos volúmenes sobre la materia de Lenin y Hobson—, el opúsculo se proponía desentrañar la verdadera naturaleza del “imperialismo capitalista de los Estados Unidos”. Y esa tarea, llevada a cabo al calor de un periodo de intensa militancia —recordemos que en los últimos años de la década, además de comandar la célula aprista y proseguir sus labores como periodista, Seoane pasa a desempeñar el cargo de secretario de la Unión Latinoamericana y a dirigir su periódico *Renovación*—, se le antojaba crucial. De acuerdo con Seoane, “ningún otro fenómeno de la época contemporánea iguala en importancia al complicado proceso económico que, en poco más de un cuarto de siglo, ha transformado el poder de los Estados Unidos, elevándolo a la categoría de arbitro tácito de los destinos del mundo”⁴⁸.

El volumen se ocupaba entonces de despejar malentendidos y tergiversaciones ideológicas que, a juicio de Seoane, impedían una justa apreciación del fenómeno, en acápites que llevaban títulos como “no es imperialismo territorial”, “no es imperialismo demográfico” o “el imperialismo no es progresista”. Tales epígrafes desligaban el hecho imperial norteamericano de un necesario uso de la fuerza militar de ocupación,

⁴⁶ “Carta de Manuel Seoane a José Carlos Mariategui”, 25 de febrero de 1928, en *Mariategui total*, p. 1890.

⁴⁷ Seoane, *La garra yanqui*, p. 5.

⁴⁸ Seoane, *La garra yanqui*, p. 7.

una hipotética vinculación con la presión de un supuesto excedente de población en Estados Unidos, y de una posición que encontraba aparentes efectos parcialmente benéficos en materia de desarrollo nacional, a partir de las inyecciones de capital extranjero⁴⁹. Finalmente, en un último apartado titulado “esencia económica del imperialismo yanqui”, con el mismo pedagógico y ordenado tono que deliberadamente presidía el texto, Seoane concluía:

Hemos analizado hasta aquí los diferentes factores raciales, demográficos y culturales que animan la vida norteamericana, y hemos deducido de cada examen particular que ninguno de ellos, ni su conjunción parcial o total, puede constituir la acción motora esencial que impele [...] a ese complejo conjunto de fuerzas económicas, políticas, militares y culturales que integran el avance imperial de Yanquilandia [...]. Todas las heterogéneas manifestaciones que emergen a la superficie de una observación apresurada no son sino reflejos, más o menos indirectos y deformados, del múltiple afán que se

⁴⁹ Sobre este último aspecto resulta interesante señalar que, aunque Seoane cita en *La garra yanqui* la célebre fórmula de Haya, según la cual el imperialismo en América Latina no era, como querría una lectura literal de Lenin, la etapa final o fase superior del capitalismo, sino que representaba la primera, en su ponderación del papel del capital norteamericano en el continente divergía del más moderado balance que hacia 1930 hacía de él el jefe aprista. En efecto, sobre todo a partir de la emergencia en el discurso de Haya de la noción de “Estado Antiimperialista” —que cumple un rol importante en la economía textual de *El Antiimperialismo y el APRA*—, el capital imperialista contiene una faz positiva que, a condición de que se encuentre bajo completo control de ese Estado, es eventualmente beneficiosa para el desarrollo nacional. Para Seoane, en cambio, nada de eso puede esperarse: “en estas condiciones no puede sostenerse que el capital puro contribuye a desarrollar un país. Lo esclaviza, lo subordina a los intereses de su sede [...]. Resumiendo las observaciones de este análisis sumario, comprobamos que el capital imperialista no vivifica el organismo económico del país en un sentido integral y sincrónico. Por el contrario, mientras conserva las características feudales y semiesclavistas de explotación en la mano de obra que encuentra, cierra el paso a todo intento de industrialización” (Seoane, *La garra yanqui*, pp. 32–34). La hipótesis que puede deslizarse acerca de esta diferente valoración en textos escritos coetáneamente por ambas figuras es que *La garra yanqui*, que como hemos dicho es resultado del periodo de investigaciones sobre el imperialismo emprendido por Seoane en la segunda mitad de los años veinte, se ubica en una suerte de borde último de esa primera etapa puramente crítica del aprismo; mientras que el “Estado antiimperialista”, y los textos y programas propositivos que surgen para alimentar el crecimiento del Partido Aprista Peruano (en cuya elaboración, al menos desde 1931, participa activamente Seoane), pertenecen ya al ciclo en el que el APRA comienza a proponerse, sea por vía electoral o insurreccional, como alternativa de gobierno.

genera en la vasta y complicada trabazón económica. Como aquellos sueños de que nos habla el psicoanálisis freudiano, donde el instinto subconsciente se desfigura y adorna, llegando hasta presentarse como expresión contraria del deseo auténtico que alienta, el imperialismo norteamericano suele reservarnos excelentes disfraces, que pueden sorprender a quienes no poseen ni practican una interpretación rigurosamente económica del mismo⁵⁰.

Esa conceptualización del imperialismo, que tenía como uno de sus fines principales la crítica superadora de la etapa “romántica” del antinorteamericanismo⁵¹ (y que en ese mismo movimiento colocaba al aprismo en posesión de una autoridad mayor, por científica y rigurosa, sobre el hecho imperial y las formas de combatirlo), estaba alimentada por un materialismo que remitía necesariamente a Marx. Con todo, en *Con el ojo izquierdo* esa consideración del fenómeno imperialista no había llegado a madurar plenamente, como tampoco la filiación marxista en las radiografías sociales que se ofrecen de la realidad boliviana. Un par de años después, influenciado por Haya, Ravines y Mariategui, Seoane no dudará ya en declararse socialista y en remitir incluso los hechos estéticos a una cuadrícula que lee desde Marx la dimensión social o económica que los subtiende⁵².

c) *El problema del indio*: el periodismo sociológico pero de afanes políticos que rige la inspección en tierras bolivianas de Seoane, se topa inevitablemente con la cuestión indígena, un asunto que juzga nodal en cualquier proyecto de redención social. Exhibiendo una sensibilidad con esta cuestión que se habría alimentado de lecturas previas y del sesgo indigenista

⁵⁰ Seoane, *La garra yanqui*, pp. 38–39.

⁵¹ Así, por ejemplo, Seoane fustigaba las reservas expresadas en *Ariel* por el uruguayo Rodó a la “cultura practicista” de los norteamericanos, en oposición a la supuesta cultura idealista de los latinoamericanos. “Si bien es cierto —señalaba— que existe alguna diversidad entre el mundo intelectual y moral de los Estados Unidos con el nuestro, esa diversidad no es sino el reflejo de los distintos grados económicos que atraviesan ambos continentes. La disimilitud, y aun la oposición de las culturas respectivas, no son, sin embargo el motivo principal del conflicto imperialista”. Seoane, *La garra yanqui*, p. 18. Similares críticas podía disparar al “antiimperialismo prehistórico” de Rubén Darío.

⁵² Así, podía escribir lo siguiente en la revista vanguardista *Guerrilla*, de Blanca Luz Brum: “opinamos que el arte, y muy especialmente la poesía —profunda versión del espíritu— refleja, expresa o tácitamente, la realidad circundante o el propio mundo interior, que nuestra filiación marxista nos hace señalar como efecto de aquella. Es decir, siempre refracción del ambiente social”. Cit. Reedy, *Magda Portal*, p. 118.

de algunos de los grupos con los que pudo tener contacto en el Perú antes de su destierro, casi contemporáneamente a Mariategui, Seoane señala en *Con el ojo izquierdo* que “el problema vital de Bolivia es, pues, el problema del indio”⁵³. Mientras se expande el “progreso que avanza” —una figura que, con un dejo de ironía, menta en varias ocasiones a lo largo del libro—, Seoane toma nota de que la gran mayoría indígena perpetúa y aún empeora su condición secular de segregación y explotación. El viaje a Bolivia le sirve entonces para estabilizar una noción que acaso en el Perú no tuviera suficientemente presente, a saber: que en ambos países, tanto por su peso cuantitativo como por la marginación y opresión que pesa sobre ella, la población indígena está en el centro de las injusticias sociales, pero también de los programas de transformación social.

Y, sin embargo, cuando Seoane deja a un lado el relato de corte sociológico y reasume una narrativa de viaje, dejando florecer así una inflexión que asume un tono de crónica cuasi-etnográfica, se revela la cruel distancia que lo separa de los indios reales: “gentes con rasgos raciales y cierta inexpresiva tristeza en la mirada”, describe; y más adelante: “allí está [el indio], inmutable y grave, como sus padres y como sus abuelos, mirándonos con reserva indescifrable”⁵⁴.

No obstante, con advertir las enormes dificultades que le impiden realmente entonar el canto alborozado que recorre los textos de Haya de la Torre (que, aunque hacia esos años comienza a mentar a “Indoamérica”, en rigor, no se explaya sobre las poblaciones indígenas realmente existentes), Seoane se separa del pesimismo étnico y avanza la posibilidad de un camino hacia —según reza el título del capítulo XIII de *Con el ojo izquierdo*— “la redención del indio”. A pesar de un sinnúmero de problemas que tiñen la “psicología indígena” (indolencia, tendencia a la ebriedad, fanatismo, etc.), ésta no es inmodificable, como juzgaba el ensayo positivista de comienzos de siglo, cuya mirada biologicista sigue a su juicio presente en “la burguesía” boliviana⁵⁵. En la hermenéutica de Seoane, la psicología indígena se deriva de la historia y la sociología, no de la biología. De allí entonces que, para “salvar al indio”, que “constituye el capital humano, constituye el país, constituye el porvenir”, el autor, en

⁵³ Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 101.

⁵⁴ Seoane, *Con el ojo izquierdo*, pp. 20 y 24.

⁵⁵ “La burguesía, además de defender sus intereses, objeta que no puede redimirse al aborigen porque es un ser abyecto y postrado, una expresión biológica donde se confunden el hombre y la bestia”. Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 110.

paralelo a lo que Mariategui sugerirá poco después, invoque la napa profunda que anida en la historia secular del indígena, para tentar el retorno del “comunismo parcial de tribu o ‘ayllu’ ”:

En ese mismo espíritu solidario, que ha sedimentado hasta los indios del presente, puede fincarse un sistema social que, conservando las modalidades de la comunidad, permita librarlos de la esclavitud económica, mediante una repartición científica del trabajo, los productos y las recompensas⁵⁶.

Ese factor, considerado compatible con “las exigencias del industrialismo moderno”, permite atisbar para Seoane —sin beneficio de precisiones mayores— un posible despertar indígena, imprescindible en cualquier proyecto de redención social.

d) Las “fuerzas vivas”: pero el autor reserva sus reales esperanzas en los dos núcleos de buen sentido compartidos por su generación y ya por entonces interpelados por Haya de la Torre, en clave de “alianza del trabajo manual y el trabajo intelectual” (que eso anunciaba ser el APRA): los estudiantes y los obreros. Es con ellos con quienes Seoane entra en contacto directo y traba relación, alimentando ese vínculo bidireccional referido páginas atrás. Así, el texto se permite concluir, si no con el sesgo mesiánico que preside las apelaciones de Haya y de otros compañeros, sí con un llamado que trasciende por un momento el mero realismo que domina el texto:

En los campos obreros y estudiantiles hay muchos espíritus fuertes, recogidos por el dolor de la nación [...]. En esas filas no contagiadas por la democracia criolla, inmoral y absorbente, se incuba el porvenir. ¿Cuál es el camino? Uno, solamente. La revolución de contenido social⁵⁷.

V

Con el ojo izquierdo, entonces, representa un hito significativo en la trayectoria de Manuel Seoane, en los dos sentidos que hemos explorado en este texto. De un lado, su publicación ayuda a instalarlo en la opinión pública argentina y aún continental, a través de un libro en el que

⁵⁶ Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 113.

⁵⁷ Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 107.

dejaba entrever no solamente su estatura de figura saliente de la nueva generación americana, sino su capacidad para retratar con tono vibrante facetas relevantes de realidades del continente, como la boliviana, poco conocidas. La revista porteña *Claridad*, por ejemplo, podía anunciar un año después una conferencia suya en Buenos Aires, presentándolo como el “distinguido periodista Manuel A. Seoane”⁵⁸. Asimismo, una reseña elogiosa del libro, aparecida en la *Revista de Oriente*, otra de las publicaciones vinculadas a la izquierda, destacaba el “espíritu fértilmente estudioso” del autor, que “hizo la clasificación de cada uno de los aspectos del dolor boliviano”⁵⁹.

En otro registro, contemporáneo a la aparición de *Con el ojo izquierdo*, una revista emblemática del reformismo universitario argentino, la platense *Sagitario*, anuncia, en su sección de noticias, la detención del joven líder cubano Julio Mella y para ilustrar su perfil, no encuentra mejor manera que evocar “[el] temple de los que con Haya de la Torre, Seoane y tantos otros, constituyen la falange inquebrantable cerrada frente a los tiranuelos y déspotas de Latinoamérica”⁶⁰. En definitiva, sea para exaltar sus cualidades de representante de la emergente generación continental, sea para subrayar en ellas sus dotes de apasionado y riguroso cronista de aspectos sustantivos de las sociedades latinoamericanas⁶¹, *Con el ojo*

⁵⁸ “Notas bibliográficas”.

⁵⁹ “Todos los problemas del país hermano —continuaba el reseñista— desfilan con una disciplina amenísima”. Rizzo Baratta, “El dolor boliviano”.

⁶⁰ “Julio A. Mella”.

⁶¹ La disección de la realidad boliviana que Seoane hace en *Con el ojo izquierdo*, inaugura una modalidad que reproducirá a lo largo de su vida. Sus exilios y viajes se verán siempre acompañados de una inquieta vocación por dar a conocer en puntos de América Latina las realidades que conoce en otros lugares del continente. Por ejemplo, en 1928 podía publicar en la revista limeña *Mundial* un artículo sobre el panorama político argentino en vistas de las elecciones que se disputarían ese año, o en 1930 ofrecer una aproximación actualizada de la política boliviana en la revista uruguaya *Ariel* (Seoane, “Política Argentina”; Seoane, “El momento actual”). Pero, quizás la más lograda radiografía que Seoane compone de un país latinoamericano yace en el libro que le dedica a la Argentina en 1935, poco antes de abandonarla rumbo a Chile luego de diez años (no continuados) de vivir allí. En sus “sondeos en el alma argentina”, ofrece sabrosas grageas de las costumbres rioplatenses que hacen recordar las de Roberto Arlt, al tiempo que busca tomar distancia de célebres hermeneutas extranjeros de la argentinidad que, como Ortega y Gasset, Keyserling o Waldo Frank, habían visitado Buenos Aires y escrito sobre la vida en el país del Plata (“Aves de paso, conferencistas de señoras”, representantes de una “filosofía de turismo”, les espeta). Frente a ellos, se jacta de haber conocido íntimamente

izquierdo venía a ratificar, a inicios de 1926, el sello de ese joven peruano arribado a la tumultuosa Buenos Aires apenas un año y medio antes.

Pero, además, el viaje y el libro resultante brindan a Seoane la ocasión de hacer un primer ajuste de su propio ideario político. Menos de tres años atrás, el joven peruano llegaba a la presidencia de la Federación de Estudiantes Peruanos con apoyo del alumnado conservador. El vértigo que cobra desde entonces su vida en los meses que anteceden y suceden al exilio de Haya y luego su propio destierro, le imprimen un curso de rápida radicalización que desemboca en un horizonte revolucionario, que el choque ante las injusticias de la realidad social y política boliviana no hace sino confirmar. Y al mismo tiempo, y aún lejos de ser un compendio sistemático de las ideas apristas (por entonces en pleno fermento evolutivo), *Con el ojo izquierdo* se ofrece al público argentino y latinoamericano como un muestrario de las convicciones que guiaban a los jóvenes universitarios peruanos desterrados por el tirano Leguía. Recordemos que el primer libro de Haya, *Por la emancipación de América Latina* (que incluye “¿Qué es el APRA?”, verdadero manifiesto fundacional de la organización), se publica también en Buenos Aires sólo un año después.

De otro lado, para esa subjetividad viajera que se deja ver en el libro, y que ha conformado el segundo registro bajo el que lo hemos aquí interrogado, la travesía boliviana significó la comprobación de aquello que Seoane venía ya percibiendo en su estancia rioplatense. Esto es, que la función de enlace entre camadas de jóvenes de similar sensibilidad diseminados en todo el continente, ejercida por quienes como él, como Haya o como otros peruanos desterrados, tenían natural disposición a encarnar las ideas y prácticas que la nueva generación americana tenía en alta estima, resultaba altamente redituable en términos de reconocimiento. El periplo boliviano confirmó a Seoane en el rumbo que, junto a sus compañeros, venía desarrollando. De allí que a su regreso a Buenos Aires incrementara el dinamismo militante que ya había exhibido. A comienzos de 1927, en circunstancial carta a Heysen, daba una muestra de él:

esa sociedad que dice haber aprendido a querer (Seoane, *Rumbo Argentino*, p. 8). Por lo demás, esa predilección por enlazar realidades de diversos países del continente, a través de crónicas y retratos dignos del periodismo sociológico que hemos consignado en Seoane, perdurará en él casi hasta el fin de sus días. Los “Calidoscopios” que ofrece a mediados de la década del 50 en el diario *Noticias de Última Hora* de Santiago de Chile, compilados por Alva Castro, *Páginas del Cachorro*, son sólo un ejemplo de ello.

Te ruego que a vuelta de correo me mandes los recortes que sobre el Perú te proporcioné hace algunos meses. Urgente para la campaña en que estoy empeñado. Esta noche debo hablar en Plaza Once, pasado mañana en la Boca, el jueves en Montevideo, el viernes en la Biblioteca Anatole France, y finalmente el domingo en Plaza Congreso⁶².

Esa secuencia de viaje y conferencias públicas que se habían puesto a prueba en la excursión a Bolivia, habían dado también una muestra de las habilidades de Seoane como orador, un rasgo que le sería en adelante siempre reconocido. En su retorno al Perú, en 1930, desarrolla un frenético periplo en el que, por tierra, se despide con agasajos y conferencias en Montevideo, Buenos Aires y La Paz, para entrar por el sur a su país. Como un reguero, Seoane —según consignaba la revista partidaria *APRA*— “ha podido desarrollar una interesante e intensa campaña que ha dado los mejores resultados. El Partido Aprista del Perú ha quedado organizado en el Sur”⁶³. Comenzaba entonces un nuevo ciclo en la vida del *APRA* y con ello en la de Seoane, que contribuiría significativamente a sentar las bases de un partido que se transformaba aceleradamente en un movimiento de masas. Pero los azares de la vida política peruana, que le depararían cuatro nuevos destierros, y su irrefrenable vocación por el viaje, harían de Seoane, hasta el final de sus días, un cultor de esa afición trashumante que había tenido en aquella travesía boliviana de 1925 una de sus primeras manifestaciones. Una inclinación que, por lo demás, tuvo mucho qué ver con las resonancias continentales que tanto su nombre como el del *APRA*, invariablemente entrelazados, llegaron a alcanzar.

⁶² “Carta de Manuel Seoane a Luis Heysen”, Buenos Aires, 22 de enero de 1927, p. xxxii.

⁶³ “La vuelta de Manuel Seoane al Perú”.

BIBLIOGRAFÍA

Obras de Manuel Seoane

Seoane, Manuel

Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia, Buenos Aires, Juan Perrotti, 1926.

—, “Julio A. Mella”, en la sección “Comentarios” de *Sagitario*, 5 (1926).

—, “Notas bibliográficas”, en *Claridad*, 142 (1927).

—, “Convenio internacional de estudiantes peruano-argentino”, en Del Mazo, 1927.

—, “Crónica del viaje de Haya de la Torre por Uruguay, Argentina y Chile”, *La Crónica*, Lima, 27 de junio de 1922, en Del Mazo, 1927.

—, “Contra los sufragistas”, *Amauta*, 18 (1928).

—, “Bancarrotas financieras en el Perú”, en *Claridad*, no. 156, Buenos Aires, 6 de abril de 1928.

—, “Política Argentina”, *Mundial*, 408 (1928).

—, *La garra yanqui. Estudio sobre el desarrollo del imperialismo en América*, Buenos Aires, *Claridad*, 1930.

—, “El momento actual de la política boliviana”, *Ariel*, 40 (1930).

—, “La vuelta de Manuel Seoane al Perú”, en *APRA*, 7 (1930).

—, “Un mensaje de Alfredo Palacios”, en *APRA*, 5 (1930).

—, *Rumbo Argentino*, Santiago de Chile, Ercilla, 1935.

—, “Carta de Manuel Seoane a Luis Heysen”, Buenos Aires, 17 de enero de 1925, en Heysen 1977.

—, “Carta de Manuel Seoane a Luis Heysen”, Buenos Aires, 22 de enero de 1927, en Heysen, 1977.

—, “Carta de Enrique Cornejo Köster a Luis Heysen”, Buenos Aires, 20 de marzo de 1925, en Heysen, 1977.

—, “Carta de Manuel Seoane a José Carlos Mariategui”, Buenos Aires, 25 de febrero de 1928, en Mariategui, 1994.

—, “Carta de Manuel Seoane a José Carlos Mariategui”, Buenos Aires, 14 de agosto de 1928, en Mariategui, 1994.

—, “Una nota de la APRA a la embajada argentina”, en *Crítica Libre*, Buenos Aires, 20 de junio de 1931, en Saitta, 1998.

Obras de referencia

Alegría, Ciro

Mucha suerte con harto palo. Memorias, Varona, Lima, 1978.

Altamirano, Carlos (dir.)

Historia de los intelectuales en América Latina, Buenos Aires, Katz, Tomo II, 2010.

Alva Castro, Luis

Páginas del Cachorro, Lima, DESA, 1988.

—, Antenor Orrego. *Modernidad y culturas americanas. Páginas escogidas*, Selección y prólogo de Eugenio Chang-Rodríguez, Lima, Editorial del Congreso del Perú, 2004.

Bergel Martín

“Manuel Seoane y Luis Heysen: el entrelugar de los exiliados apristas en la Argentina de los veinte”, en *Políticas de la memoria*, 6/7 (2007), pp. 124-142.

—, “Nomadismo proselitista y revolución. Notas para una caracterización del primer exilio aprista (1923-1931)”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 20, no. 1, Universidad de Tel Aviv, 2009.

Bergel Martín y Ricardo Martínez Mazzola

“América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930)”, en Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*, T. II, Buenos Aires, Katz, 2010.

Brum, Blanca Luz

Mi vida: cartas de amor a Siqueiros, Santiago de Chile, Mare Nostrum, 2004.

Colombi, Beatriz

Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915), Rosario, Beatriz Viterbo, 2004.

Cornejo Köster, Enrique

“Crónica del movimiento estudiantil peruano”, reproducido en Portantiero, 1978.

Del Mazo, Gabriel (comp.)

La Reforma universitaria. Tomo VI. Documentos relativos a la propagación del movimiento en América Latina (1918-1927), Buenos Aires, Taller Gráfica Ferrari Hermanos, 1927.

García-Bryce, Iñigo

“Magda Portal, revolucionaria peregrina: el exilio y el APRA como partido continental, 1926 -1945”, Mimeo, 2007.

Guerrilla. Revista de arte moderno

6 (1928), citada en Reedy, 2000, p. 118.

Haya de la Torre, Víctor Raúl

Por la emancipación de América Latina, Buenos Aires, Gleizer, 1927.

—, *Impresiones de la Rusia soviética y de la Inglaterra imperialista*, Buenos Aires, Claridad, 1932.

Heysen, Luis

Temas y obras del Perú. A la verdad por los hechos, Lima, Enrique Bracamonte Heredia, 1977³.

Kersffeld, Daniel

Manuel Seoane. Páginas escogidas. Selección e introducción de Eugenio Chang-Rodríguez, Editorial del Congreso del Perú, 2003.

—, *La recepción del marxismo en América Latina y su influencia en las ideas de integración continental: el caso de la Liga Antiimperialista de las Américas*. Tesis de doctorado, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008.

Mariategui, José Carlos

Mariategui total, Tomo I, Lima, Empresa Editora Amauta, 1994.

Melgar Bao, Ricardo

“Un neobolivarianismo antiimperialista: La Unión Centro Sud Americana y de las Antillas (UCSAYA)”, en *Políticas de la memoria*, 6/7 (2007), pp. 149-164.

—, “The Anti-Imperialist League of the Americas between the East and Latin America”, en *Latin American Perspectives*, 35:2 (2008).

Mella, Julio A.

“Haya de la Torre”, en *Juventud*, 1 (1924).

Miceli, Sergio

“La vanguardia argentina en la década de 1920 (notas sociológicas para un análisis comparado con el Brasil modernista)”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 8 (2004), pp. 163-174, 170-171.

Palacios, Alfredo

“Prólogo” a Seoane, 1926.

Pita, Alexandra

La Unión Latinoamericana y el boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920, El Colegio de México/ Universidad de Colima, 2009.

Planas Pedro y Hugo Vallenás

“Haya de la Torre en su espacio y en su tiempo (aportes para una contextualización del pensamiento de Haya de la Torre)”, en AA. VV., *Vida y obra de Víctor Raúl Haya de la Torre*, Instituto Cambio y Desarrollo, Lima, 1990.

Portantiero, Juan Carlos

Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria, 1918-1938, México, Siglo XXI, 1978.

Quijano, Carlos

“Nicaragua. Los procedimientos del imperialismo yanqui”, en *Sagitario*, 8 y 9 (1927).

Reedy, Daniel

Magda Portal. La pasionaria peruana. Biografía intelectual, Lima, Flora Tristán Ediciones, 2000.

Rizzo Baratta, Carmelo

“El dolor boliviano”, en *Revista de Oriente*, 9/10 (1926).

Saïtta, Sylvia

Regueros de Tinta. El diario Crítica en la década de 1920, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Sánchez, Luis A.

Haya de la Torre o el político. Crónica de una vida sin tregua, Lima, Atlántida, 1979 [1934].

Taracena Arriola, Arturo

“La Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos de París (1925–1933)”, en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 15: 2 (1989).

Tatián, Diego

“Memorias del subsuelo. Deodoro Roca y los años salvajes de la cultura”, en *Pensamiento de los Confines*, 14 (2004).

Terán, Óscar

En busca de la ideología argentina, Buenos Aires, Catálogos, 1986.

—, “El primer antiimperialismo latinoamericano”, en Terán, 1986.

Townsend Ezcurra, Andrés

“Juan Seoane”, en *Cincuenta años de aprismo. Memorias, ensayos y discursos de un militante*, Lima, DESA, 1989.